

**¿Y lo jugado,
quién me lo quita?**

Conjugando al futbol

Ramón E. Abarca Romero

Primera edición: 2013

D.R. © Ramón Ernesto Abarca Romero

Registro Público del Derecho de Autor:

03-2013-041211285100-14

Ilustradores:

Carolina Teresa Fuentes Ruíz

Omar Chávez Bautista

Impreso en México/Printed in Mexico

Dirección:

María del Mar. Andador 13. Edif. 52. Depto. 204

CTM Culhuacán. Del. Coyoacán. D.F. C.P. 04909

Correo electrónico:

ylojugado@outlook.com



¿Y lo jugado, quién me lo quita?

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-00-6845-4

A mis hijos

Jóskua Yunan
Amaury Grehe

Para que algunos recuerdos
vuelvan a ser rostros.

A todas las personas

Vivas y muertas,
reales y ficticias,
cuya presencia
me concedió
la posibilidad de escribir
un recuerdo,
y también,
la ocasión de olvidar.

*Hay quienes sostienen
que el fútbol no tiene nada que ver
con la vida del hombre,
con sus cosas más esenciales.
Desconozco cuánto sabe
esa gente de la vida,
pero de algo estoy seguro:
no saben nada de fútbol.*

Eduardo Sacheri

El preliminar

Escribo para poner en juego dos entusiasmos profundos que han estado presentes en mi vida en sustancia y esencia: el fútbol y la literatura. Además, hay otro entusiasmo que se toca de manera indirecta con los anteriores: la alegría de ser maestro.

Escribir estos textos me dio la oportunidad de ordenar los pasos andados, mirar lo que me pasó y lo que actualmente me pasa: experiencias, ficciones, expectativas, significados, y también, desórdenes, conflictos y pérdidas a lo largo de mi vida.

Es cierto que la consciencia no siempre recurre al juego limpio. Sabemos que tomar distancia es un buen recurso, nos proporciona el tiempo para poder contemplar nuestro proceso. Pienso que la mejor manera de conjugar la vida es encarando la experiencia de ser para ser otro, con la fortaleza suficiente para aceptar y trascender en el presente, lo que está acurrucado en las vivencias pretéritas y continuar el tránsito hacia el futuro.

Escribir sobre fútbol y corresponderlo con temas de la vida me implicó honrar, respetar y validar las raíces que me confieren sello de identidad. Pero no sólo a mí, sino a muchos y a muchas que al igual que yo, hemos crecido teniendo al balompié como un sólido defensa central en nuestra biografía emocional. Somos muchas las personas que disfrutamos cerrando los ojos para imaginar, reflexionar, pensar, evocar hechos, circunstancias y anhelos futboleros que han conformado al ser que somos y al hacer que construimos: *Lo que una vez disfrutamos, nunca lo perdemos. Todo lo que amamos profundamente se convierte en parte de nosotros mismos*, nos dice Helen Keller.

Literatura y fútbol. Dos entusiasmos. Palabra que deriva del griego “Entheos”, “En” + “Theos”+ “Sismo”: el movimiento que Dios provoca en nosotros. Es lo que manifiesta Juan Villoro cuando testifica cómo un “Dios Redondo” entra en nosotros y se sirve de nuestra memoria para manifestarse en nuestra imaginación, tal como creían los griegos que les ocurría a los poetas.

También sostengo que, para todos los que nos dedicamos a la enseñanza, es necesario vivir entusiasmado. Existe un viejo pronunciamiento en el mundo educativo que afirma lo siguiente: “*Un maestro no enseña lo que sabe sino lo que es*”. Los maestros tenemos el deber para con nosotros mismos de divertirnos —sin olvidar el logro del conocimiento— y propiciar que nuestros alumnos también se diviertan porque, al igual que un jugador de fútbol profesional, hacemos lo que más nos gusta en la vida. Alberto Ruy Sánchez escribe en el libro *Con la literatura en el cuerpo*, que un alumno:

...puede aprender de un maestro más allá de sus ideas. Aprender de su actitud, de sus actos en el oficio, aún mucho más que el contenido de su enseñanza. Tal y como sucede en un taller artesanal donde los aprendices ven al maestro trabajar y, como él lo hizo antes, tienen que comenzar haciendo sus propios instrumentos a la medida de sus manos. Como lo hacen todavía los artesanos de la plata.

Indudablemente también escribo para mis alumnos, para que no me tachen de embustero por no aplicar en mí lo que les digo en clase.

El escritor uruguayo Eduardo Galeano, cuya obra abarca los más diversos géneros narrativos y periodísticos, señala que: “La mayoría de los escritores de América Latina somos futbolistas frustrados”. En mi caso se pueden aplicar a medias estas palabras porque, si bien es cierto que nunca se cumplió mi aspiración de jugar profesionalmente y ser reconocido, yo sí logré exponer mis cualidades futboleras en el ámbito amateur y felizmente no viví la desventura del escritor argentino Roberto Fonta-

narrosa, quien expresaba poseer solamente dos defectos para ser futbolista: “Uno fue la pierna izquierda y el otro fue la pierna derecha”.

En el libro que tienes en tus manos habitan algunas de las imágenes que han capturado mis ojos cuando los cierro a fuerza de jugar en campos de futbol, tanto reales como imaginarios, por muchos años. Te invito a que juntos conjugemos al futbol a través de un Ingenioso Hidalgo Futbolero; que atiendas cómo los poetas detallan un partido de futbol, como si fuera un encuentro amoroso; que te unas al sueño de un niño por jugar en Primera División; que valores a las mujeres que tienen un buen dominio de su vida y saben cambiar el ritmo a la caprichosa existencia; que acompañes, bajo los tres palos, a un portero enamorado y desorientado por la dama de su inspiración; que juegues de local ante los amores, deseos, sueños, amistades, complicidades, desamores y esperanzas en un campo con porterías desvencijadas; que conmemores partidos entrañables que se quedan en el corazón y la memoria; que aguces el oído y descubras cómo los narradores de futbol de la televisión aspiran a ser poetas y cómo sí hubo uno solo que desempeñó el harto difícil oficio de “juglar”; que veas, con la mirada profunda del escritor José Luis Borges y no Jorge Luis Borges, el gol aclamado como “La mano de Dios”; y por último, que escuches, a la forma del poeta Elías Nandino, el uso del lenguaje del jugador llanero.

Sean estas palabras dedicadas para todos aquellos y aquellas capaces de reconocer que las emociones futboleras están tejidas a su ser, en su historia, raíces, lealtades, identificaciones como una red de portería. Para todos aquellos y aquellas que siempre tienen preparado el ánimo en su maleta para cuando la vida nos pide que entremos a jugar y, por supuesto, a que abandonemos el terreno cuando las acciones del partido nos dejen sin aliento.

En estos textos he reunido tres entusiasmos: futbol, literatura y docencia. Ahora te los entrego de la manera en que el escritor Julio Torri describe en el cuento “La humildad premiada”, publicado en su libro *De fusilamientos*:

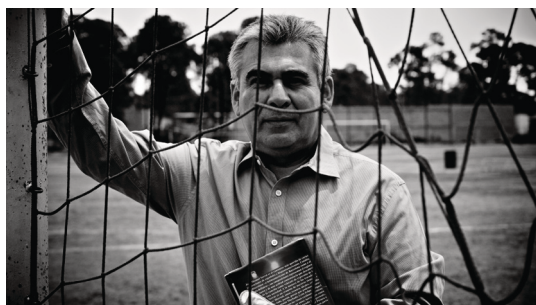
En una Universidad poco renombrada había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía ante sí brillante porvenir en la crítica literaria.

Lo que leía en los libros lo ofrecía trasnochado a sus discípulos la mañana siguiente. Tan inaudita facultad de repetir con exactitud constituía la desesperación de los más consumados constructores de máquinas parlantes.

Y así transcurrieron largos años hasta que un día, en fuerza de repetir ideas ajenas, nuestro profesor tuvo una propia, una pequeña idea propia luciente y bella como un pecesito rojo tras el irisado cristal de una pecera.

Pues bien, este es mi “pececito rojo”, espero corra el feliz riesgo de que quieras ponerlo en agua “tras el irisado cristal de una pecera”.

R.E.A.R



**Ejercicios de estiramiento
de la memoria y calentamiento
del corazón**

Del pretérito perfecto compuesto

Yo he nacido en una familia futbolera. Uno nace en una familia y asimila todo de ella. Mucha de la información con que crecemos nos ha sido transmitida por nuestros antepasados y está guardada en nuestras imágenes, sentimientos, aficiones e intuiciones. En cada familia hay temas que son recurrentes y otros de los que nunca se habla y, sin embargo, querámoslo o no, también nos habitan. Estos mensajes viajan de generación en generación de manera silenciosa e inadvertida y otras veces de forma ruidosa e irreflexiva. Son una parte fundamental de nuestra personalidad. Pertenecer a una familia nos liga a las generaciones, marca nuestras lealtades y fidelidades, nos da un sentido de pertenencia. Por sus vínculos transitan las emociones, pensamientos, ideas y los órdenes y desórdenes.

En la familia que me tocó nacer, el fútbol estuvo presente de manera muy activa. El nombre de mi abuelo paterno era Ernesto Adolfo Feist Guerrero, nació en 1910. Fue hijo natural de Pablo Feist Somitz, ciudadano alemán nacido en Scharnbeck, cerca de Bremen, quien llegó al país en la primera década del siglo XX. La madre de mi abuelo se llamaba Evangelina Guerrero y era mexicana. Su origen fue humilde. Mi abuelo Ernesto cursó la Escuela Primaria en el Colegio Alemán Alexander Von Humboldt y tuvo por condiscípulos a Jorge Negrete y a su hermano menor David.

En su infancia vivió tiempos tormentosos porque creció en el proceso de la Revolución Mexicana. En su juventud, la Segunda Guerra Mundial le marcó de manera decisiva, ya que después que asumiera el poder Adolfo Hitler en 1933, buscó revivir el nacionalismo entre los alemanes residentes en América Latina, incluido México. Los nazis animaron a sus conciudadanos que radicaban fuera de Alemania a que

enviaran a sus hijos a escuelas donde sólo pudieran asistir arios puros y les sugerían que se afiliaran a asociaciones y clubes alemanes. En el Distrito Federal, los partidarios del nazismo fundaron una organización de jóvenes que abiertamente apoyaban a Hitler, distribuían propaganda con el fin de persuadir a los mexicanos de permanecer neutrales en el caso de suscitarse una guerra entre Alemania y los Estados Unidos. Además, como Alemania no aceptaba la doble nacionalidad, todos los hijos de alemanes debían tributo al Tercer Reich. Muchos alemanes buscaron volverse ciudadanos mexicanos para proteger sus bienes y libertades civiles. Mi abuelo fue llamado para engrosar las filas nazis, pero se negó a ir argumentando que sólo era ciudadano mexicano.

En 1936, cuando mi abuelo tenía veintiséis años de edad, ingresó a trabajar en Casa Bayer, S.A. y formó parte de su equipo de fútbol. Joseph A. Stout narra en un artículo titulado: “Estados Unidos y México durante la Segunda Guerra Mundial”, cómo en aquel tiempo, cuando ya estaban los brotes de la guerra, el Gobierno Mexicano, presionado por Estados Unidos, “pensó” que los varios miles de alemanes que radicaban aquí (ya fuera por nacimiento o naturalización) representaban una seria amenaza para la seguridad nacional. Entonces, como medida de control, infiltró agentes en las compañías alemanas, italianas y japonesas. Por supuesto que estaba incluida la empresa en que mi abuelo laboraba.

Tiempo después, cuando México entró a la guerra contra las potencias del Eje, las cosas todavía se complicaron más, ya que el gobierno con frecuencia impidió que “individuos sospechosos” trabajaran en el país, y en 1945, la “Heroica Junta de Administración y Vigilancia de la Propiedad Extranjera”, dependencia del Gobierno Mexicano, le dirigió a Casa Bayer, S.A. un oficio fechado el 1º de mayo, en el que ordenaba que se le rescindiera el contrato laboral. El Administrador de la empresa le comunicó la determinación:

Acabamos de recibir un oficio del C. Interventor de la H. Junta de Administración y Vigilancia de la Propiedad Extranjera en esta negociación que dice:

‘Por orden expresa de la H. Junta de Administración y Vigilancia de la Propiedad Extranjera, el Sr. Ernesto Feist Guerrero queda separado de su puesto; y siendo esta disposición terminante y de carácter urgente, se servirá usted darle cumplimiento inmediato para evitarse responsabilidades’.

Lo que transcribimos a usted para su conocimiento e inmediato cumplimiento...

Tras muchos trámites oficinescos mi abuelo logró comprobar su nacionalidad mexicana. Héctor Zavala Rivas en *Ser o no Ser... ahí está el detalle: El fútbol y la cultura popular en la ciudad de México*, transcribe un párrafo de Albrecht Sonntag, quien escribió en el libro *Fútbol, Símbolo de las Virtudes Alemanas*, que:

Aún en los países europeos el fútbol ha sido uno de los símbolos más frecuentes y ‘verdaderos generadores de identidad nacional’. Cabe destacar especialmente el caso alemán en los años posteriores a 1945, porque era una sociedad totalmente en estado crítico después de la guerra, el fútbol ofreció a los alemanes un terreno privilegiado en el cual tenían derecho a afirmar su identidad nacional, a vivir un sentimiento de orgullo y de pertenencia sin exponerse a la sospecha de un resurgimiento del nacionalismo o del eterno renacimiento de los viejos demonios.

En ese mismo año ingresó a trabajar a E.R. Squibb & Sons de México, hasta el año de 1947. Posteriormente entró a los laboratorios Lakeside de Mexico, que desde principios de los 40’s desarrollaba en el país una línea de medicamentos. Además de cumplir con su trabajo, estuvo encargado de dirigir al equipo de futbol por muchos años. Fue uno de los fundadores de la Liga Inter Laboratorios en 1954.

Mi abuelo poseía una amplia cultura, es decir, podía entender y hablar con competencia de muchísimos temas: filosofía, historia, literatura y las artes. Siempre le gustó leer y el futbol no era la excepción. En

1961, Alejandro “El Conejo” Scopeli —futbolista que integró el seleccionado argentino en el primer Campeonato Mundial de Fútbol, en Uruguay, en 1930, y que luego fuera entrenador del América— le dedicó, de una manera muy afectuosa su libro: *¡Hola, Mister!: El fútbol por dentro*. En el mismo año, el árbitro Diego de Leo le escribió una dedicatoria en su libro *Las reglas del juego del Foot-Ball*.

En los años que viví con él, hasta su muerte en 1982, nunca dejó de disfrutar y analizar los partidos de fútbol. Siempre me acompañó en mi trayectoria futbolera.

Mi abuela paterna, Guadalupe Montes Centeno, era una fanática del fútbol disfrazada de ama de casa. Junto a mi abuelo Ernesto asistían a los estadios de Ciudad Deportiva, Ciudad Universitaria y el Estadio Azteca cada día de partido. Después del encuentro se quedaban en el estacionamiento con sus amigos, tomando unas copas, mientras compartían los comentarios de lo ocurrido en el juego.

Mi abuela me platicó muchas hazañas futboleras que había presenciado, por ejemplo cuando en el Estadio Olímpico, Eduardo “El Güero” Pálmer, jugador de campo del América, se tuvo que poner de portero porque había sido expulsado Manuel Camacho —con quien tengo una fotografía en la que me está cargando—, justo antes de tirarse una serie de penaltis. Aquel improvisado portero realizó la proeza de detener uno de los tres disparos enviados por Juan “Bigotón” Jasso, del Guadalajara. Así, el Club América se coronó Campeón en la temporada 53-54.

Los recuerdos acuden a mi mente de forma esporádica y desordenada, dan saltos en el tiempo, están yendo y viniendo, adelante y atrás. Mis abuelos me llevaron a la inauguración del Estadio Azteca cuando el América enfrentó al Torino, de Italia. Vi el primer gol anotado por Arlindo; el retiro del “Pescado” Portugal y del “Perro” Cuenca. Apreciamos ver jugar juntos a José Alves Zague, Vavá, Moacyr y al “Coco” Gómez; me llevaron al partido México contra El Salvador en el Mundial del 70: gritamos aquel gol que Carlos Reynoso le metió al Boca Juniors para quedar campeón de la Interamericana. En la televisión de su casa vi el gol que Enrique Borja anotó en el Mundial del 66 a la selección de Francia; y escuché a Fernando Marcos gritar: “¡Borja,

no falles! ¡No falles! ¡Gol de México! ¡Gol de México!"; también el "Partido Siglo", cuando Italia le ganó a Alemania. Sufrimos la derrota del América contra el Cruz Azul por 4 a 1 en la final de la temporada 71-72; nos sorprendimos con el gol de media cancha de Carlos Reinoso al Atlético Español y con el gol que le metió a Ignacio "El cuate" Calderón de "rabona".

Con todas estas imágenes y muchas otras más viví la infancia. Luego, en la adolescencia, ingresé a las fuerzas inferiores del América. Portar la camiseta azulcrema era un orgullo del que platicaré más adelante. Panchito Hernández le mandaba boletos a mi abuela para ir al Estadio. Pero el fútbol no era su afición, también tenía la inclinación de coleccionar figuritas de porcelana imitación "Lladro" que le cambiaba al ropavejero. Su recopilación se componía de no menos de 200 figuras. Por todos lados y rincones de la casa estaban diseminadas. Las había desde aquellas en las que se plasmaban bucólicos momentos, pasando por flores, maternidades, familias completas, abuelitos, desnudos, bodas románticas, niños jugando, perros, gatos, ángeles, querubines, bailarinas, payasos, escenas mitológicas y hasta las que retrataban a miembros de la nobleza europea. Tenía especial predilección por los personajes afrancesados con aires elegantes y distinguidos.

Algunos años después de dejar de jugar para el América, se me ocurrió pedirle la playera que tanto había sudado, quería revivir viejas glorias. Mi sorpresa fue que a cada una de las preguntas que le hacía sobre el paradero de mi playera, mi abuela se hacía la desentendida y sólo me contestaba que la buscara bien, pues estaba guardada en un cajón. Después de revolver todo y no encontrarla me presenté seriamente ante ella y le inquirí: ¿Qué le hiciste a mi camiseta? Entonces ella me contestó con una mímica muy deportiva, que envidiaría cualquier jugador consagrado, que la había intercambiado con el ropavejero por una figurita de porcelana.

Después de un buen rato de cólera desenfrenada y de sentimiento de pérdida, le demandé que me mostrara la figurita, y entonces me señaló con el dedo la miniatura de un noble francés de piel blanca, lujosamente ataviado con un saco color azul marino, con la mano izquierda en la barbilla y la mano derecha descansada en la cadera. Por

cierto, a este personaje todavía lo conservo guardado en un cajón del ropero, en memoria de aquella camiseta con la que alguna vez jugué.

Como consuelo de tan grande afrenta sólo puedo decir que el daño no fue tan catastrófico, pues lo que nunca pudo intercambiar fue la camisa que utilizábamos en los entrenamientos, en la que aparecía en el pecho el escudo del equipo rodeado por la leyenda: Propiedad Club América, la cual todavía conservo bajo mi resguardo.

Cuando murió mi abuelo, ella y yo veíamos todos los partidos. Y si yo no estaba en casa, ella los veía sola. El día que murió mi abuela, y después de recibir el pésame de muchas personas, hubo un espacio en la madrugada en que me quedé solo con ella. Entonces, por la ventana abierta de la funeraria se empezó a escuchar, a manera de elegía radiofónica, la retransmisión del partido de la Copa Libertadores 2002, en la que el América le ganó de visita 1-0 al River Plate de Argentina con un gol de Frankie Oviedo. *Anima Eius Requiescat In Pace in Aeternum* (Su alma descanse en paz para siempre).

En mi familia materna, además del fútbol, también eran aficionados al beisbol y a los toros. Luz Guerrero Herrerías, mi bisabuela materna, era de origen español y había llegado a vivir, junto con sus hermanos, a una cuadra de Los viveros de Coyoacán, en la colonia del Carmen, procedente del barrio de Santo Tomás. Primero pusieron un establo, luego tuvieron una huerta, pues Coyoacán se caracterizaba por sus fértiles tierras de cultivo altamente productivas por la abundancia de agua. Compraban pulque en “La Rosita”, en la calle de Londres, en la que algunos jóvenes pintores hicieron unos murales con la asesoría de Frida Kahlo. Luego conoció muy bien a su hermana menor, Cristina Kahlo.

Mi abuelo, José Anselmo Romero Ortega, “El Tati”, fue repartidor de leche, después chofer de esos camiones color pistache de la Ruta Col. del Valle - Coyoacán. Más tarde fue dueño de una camioneta de mudanzas, cuyo sitio estaba justo contra esquina de la Panadería América, en la esquina de Caballo Calco y Avenida Hidalgo, en el centro de Coyoacán. Fue muy conocido en la Cantina La Guadalupeana y en la Cervecería La Puerta del Sol.

Él no jugó futbol. Le tocó vivir el apogeo del beisbol en la década de los cuarenta y, al poco tiempo, vio cómo el futbol se extendía en México con su liga profesional. Su equipo predilecto era el América. Cada sábado iba a vernos jugar al campo del barrio por excelencia: La Fragata. Cuando nos tocaba visitar otro campo nos llevaba en su camioneta a todos los integrantes del equipo, lo cual nos permitía viajar echando relajo. Él fue quien me compró mi primer suéter de portero.

Mi abuela materna, Guadalupe Calleros Fernández, había llegado muy jovencita a la Ciudad de México, originaria de Guadalajara. Ella era muy buena corredora de pista y participó en los juegos selectivos para ir a los Centroamericanos. Conoció a mi abuelo en el Gimnasio Coyoacán y luego se casaron. A ella también le gustaba el futbol y el equipo de su predilección eran “Las Chivas” del Guadalajara. Por supuesto que ella veía al equipo como una parte de su identidad tapatía, de la que se sentía muy orgullosa. Era la única mujer de la casa que defendía a capa y espada a su equipo. Hubo ocasiones en que mi abuelo, en vez de llamarla por su nombre, le decía de forma cariñosa: Guadalajara.

Que mi abuela le fuera a las Chivas hacía que siempre entráramos en discusiones. Nos la pasábamos rivalizando siempre de todo y por todo. Ella glorificando a Ignacio “El Cuate” Calderón, mientras yo le increpaba diciendo que era muy malo como portero, pues por su deplorable actuación contra Italia en el Mundial del 70 habíamos perdido y que sólo servía para galán de fotonovela. Entonces ella, en venganza, arremetía contra mis admirados Enrique Borja y Carlos Reinoso. Me decía: El narigón y la Reina sólo juegan bien en sus “Revistas de Monitos”, haciendo alusión a las historietas “Borjita” y a “Pirulete y su pandilla”, los que entonces leía desaforadamente. Me quería muchísimo y siempre viví los beneficios de su amor incondicional.

A medida que vamos creciendo nos damos cuenta que nuestros progenitores nos han dado lo que pudieron darnos, y que lo han hecho lo mejor que pudieron. Nadie puede dar más de lo que ha recibido.

Mi madre, Gabriela Romero Calleros, era más aficionada al beisbol que al futbol. Era seguidora de “El Águila” de Veracruz. Con su

prima Malú —que es una de las dos mujeres que conozco que sabe llevar el Box Score— se iba al Parque del Seguro Social para ver los partidos. Mi mamá conoció al cubano, Ramón “El profesor” Bragaña, destacado lanzador derecho. Algunas veces me llevaron al estadio y algo aprendí del beisbol. Desde aquel entonces le voy a Los Tigres.

Mi mamá se casó con mi papá cuando tenía diecinueve años de edad, estando ya embarazada. Siendo novios, en muy contadas ocasiones, acompañó a mi papá a sus partidos de futbol, pues “el llano” era un espacio masculino; en cambio, sí asistía a los estadios, lo cual estaba más permitido socialmente, por ser un espacio público. Ella, al igual que muchas mujeres, estaba influenciada por los modelos de conducta e identidad típicos femeninos de la época. Sin embargo, era muy rebelde y no dejó que determinaran su vida.

Cuando eran novios, mi padre dejó a mi mamá en casa de mi abuela mientras él y mi abuelo se iban al partido de futbol. Mi abuela aprovechó la oportunidad para celebrar un ritual de agregación, en el que quedara bien sustentada su autoridad de suegra: le pidió que le ayudara en las labores de la casa. Entonces aprovechó la ocasión para que mi mamá efectuara todas las labores femeninas, esperando que el día durara setenta horas. La puso a barrer; lavar platos, ropa; cocinar, y lo que consideró mi madre el colmo, fue que también debía preparar mole a la manera tradicional. Como ella no estaba acostumbrada para tal faena porque trabajaba en una oficina, se enchiló los dedos de la mano. Cuando por fin regresaron del juego, después de muchas horas y cervezas, mi mamá le indicó a mi papá: O me llevas a los partidos de futbol o mejor me quedo en mi casa, porque no voy a permitir semejante abuso por parte de tu madre.

Mi mamá trabajó desde los catorce años como archivera y secretaria en H. Steel y Cia, en Pinturas Internacionales, en una Escuela de Pintura y en el Instituto de Ingeniería de la UNAM, como secretaria del Doctor Emilio Rosenbluth. Por su trabajo, sólo me fue a ver jugar unas pocas veces. Es cierto que no le gustaba el futbol, no le resultaba entretenido y además no lo entendía del todo. Creo que, sin que ella me lo hubiera dicho, pensaba igual a Jorge Luis Borges respecto al futbol: Esa cosa estúpida de ingleses... un deporte estéticamente feo:

once jugadores contra once corriendo detrás de una pelota no son especialmente hermosos.

La falta de comunicación, la infidelidad, los problemas económicos y la violencia fueron las razones para que ella tomara la determinación de divorciarse de mi papá, cuando yo tenía ocho años y mi hermana Gabriela seis. Al paso del tiempo, considero que esta decisión fue muy valiente, pues mi madre quiso romper la idea siempre prometida de aspirar a “iniciar de nueva cuenta una nueva vida plena” y no se conformó con un matrimonio en el que no era feliz.

Durante el divorcio, yo me quedé a vivir con mi mamá en casa de mis abuelos. Mi bisabuela Luz era quien me cuidaba cuando regresaba de la escuela; mi mamá y mi abuela trabajaban. En ese entonces, sin ninguna supervisión, yo me la pasaba jugando en la calle o en La redonda de Los viveros de Coyoacán, driblando novilleros o atrapando culebras en una zona de Río Churubusco que no estaba entubada. Por supuesto que tanta vagancia no podía permitirse y mi papá tomó la decisión de que me fuera a vivir, “como castigo”, con él, a casa de mis abuelos, en la colonia Portales. Pese a la distancia, que en realidad no era mucha, no dejé de jugar fútbol con el equipo de Coyoacán, y cada sábado, después del juego, me iba a casa de los abuelos para estar con mi mamá. Y claro, con “los vagos” de mis amigos.

Una imagen que tengo guardada en la memoria, que me hizo consciente de la separación y el distanciamiento entre de mis padres, sucedió justo en el manchón central de media cancha en el Estadio Azteca. Fue en el entretiempo de un partido América-Laguna, justo cuando me disponía a dar el toque inicial. Levanté la mirada y observé a mi mamá sentada, al lado derecho, casi por el tiro de esquina en el palco que le prestó uno de mis tíos. Luego vi a mi papá y a mi abuelo exactamente a mi flanco izquierdo, sentados en la parte baja. La distancia que recorrió mi mirada de un sitio al otro se me hizo monumental, y la tristeza, colosal. Con el paso de los años a mi mamá le gustó mucho el fútbol. Sigue viendo los partidos, está enterada de los resultados y sabe cuándo un jugador cae en fuera de lugar.

Mi padre, José Ramón Abarca Montes, jugó fútbol desde muy pequeño. Se desempeñaba como centro delantero y era el goleador de sus equipos. Muchas veces fue campeón y en la casa estaban los trofeos, símbolos de sus proezas. Pasó por varios equipos: Portales, Escuadra Azul, Águilas del Pacífico, Aztlán y El River Plate, que hasta la fecha es uno de los equipos más famosos de la colonia Portales, y del cual han salido jugadores profesionales como Alfredo Del Águila, (mundialista del 56 y jugador del Club América); Benjamín “El Cuate” Fal (jugador y entrenador del Necaxa y del Pachuca); Chucho del Muro (jugador del Atlas, Los Tiburones Rojos de Veracruz, Cruz Azul, Toluca y entrenador de varias selecciones juveniles).

Cuando yo nací, mi papá tenía veintiún años de edad. Fue tanta su influencia en mí, que sólo puedo describirla parafraseando al personaje Luis Alfonso Fernández Jr., en *Los Años falsos*, escrito por Josefina Vicens, pues cuando lo veía jugar, yo también podía haber dicho: He venido a verme.

Sentía el compromiso de ser como él, y en mí hay muchos de sus rasgos: expresiones, reacciones y preferencias. “Lo heredado no es hurtado”. Deseaba cumplir en mí todas sus expectativas, incluso la de jugar como centro delantero. José Ortega y Gasset escribió que:

La vida nos es dada, puesto que no nos la damos a nosotros mismos, sino que nos encontramos en ella de pronto y sin saber cómo. Pero la vida que nos es dada, no nos es dada hecha, sino que necesitamos hacérsela nosotros... la vida es quehacer. Por tanto, vivir es ir siendo, y por ello, lo que define al hombre no es la existencia, ni su ser, sino su vivencia.

Cuando empecé a crecer, decidí tomar el camino que me indicaba mi preferencia: jugar de portero. Eso sí, sin olvidar el toque preciso con el pie cuando fuera necesario. El desempeñarse como portero guarda el encanto de saber defender. Es claro que su objetivo es evitar que la pelota entre a su meta y se vale de todas las partes de su cuerpo para conseguir que balones que son gol seguro acaben fuera. Con él empieza el buen desarrollo

de un equipo. La colocación, regularidad, seguridad y comunicación son sus cualidades básicas. Es el único jugador que puede utilizar las manos y su vestimenta es diferente a la de sus compañeros y rivales (incluido el otro guardameta). El estar en la portería le dota de una manera distinta de leer el encuentro. Debe controlar al máximo los posibles peligros, ya que su actuación decide partidos. Aunque ahora ya no se estile tanto, utiliza el número “1” en su suéter. Es lo opuesto al Centro Delantero.

Cuando mi papá cursaba los primeros semestres de la carrera en Ciencia Políticas en la UNAM, un equipo profesional de Segunda División de provincia —no recuerdo cuál— lo quería contratar, pero tenía que abandonar los estudios. Lo paradójico fue que tampoco terminó la licenciatura porque yo estaba en camino. Entonces mi abuelo Ernesto lo metió a trabajar de representante médico en Lakeside de México, donde ya jugaba desde hacía tiempo en su equipo de fútbol.

Mi padre tenía muchas anécdotas. Recuerdo una en especial que me contaba y que yo gozaba mucho porque lo inesperado estaba presente. Resulta que en el área chica del equipo contrario hubo una serie interminable de rechaces, ya sea de los defensas o del portero y no entraba el balón a la portería. Entonces, justo cuando pudo controlar el balón con el pie derecho, de improviso, se le ocurrió gritar en forma categórica: “¡Un momento!”. Tanto los contrarios como sus compañeros se quedaron inmóviles y, entonces, aprovechó para meter el gol. El árbitro no marcó la falta técnica y dio por bueno el gol, lo que propició tremenda bronca y que lo corretearan los contrarios mientras salía huyendo del campo.

Para un centro delantero es muy importante estar en movimiento y buscar siempre desmarcarse. Mi papá desempeñaba muy bien ese rol, tanto en la cancha como en la vida. Razón por la cual también se divorció.

Al paso del tiempo, cuando yo tenía dieciséis años, él se volvió a casar, con Graciela, y luego nació mi hermano Pablo Fabián. En ese entonces mi padre jugó sus últimos partidos en el equipo Cajas Plegadizas Contreras, que era patrocinado por uno de sus amigos de la misma colonia. En ese equipo jugamos los dos como compañeros. Él como centro delantero y yo como portero.

Cuando mi abuelo Ernesto murió, la nueva familia se fue a vivir lejos de Portales. Mi hermana y yo nos quedamos con mi abuela Guadalupe. Por cierto, mi hermana Gabriela y mi hermano Pablo le van a las Chivas, y Graciela al América.

Esporádicamente lo invitaba a algunos encuentros significativos: en alguna final o en un Torneo Internacional. Mi papá murió justo once días después de que muriera su mamá. “—¡Ay, Luis Alfonso, por lo menos di amén!/ —Amén.” Zinedine Zidan mencionó alguna vez: “Mis padres me educaron dándome cariño y protección... Y eso que mi padre nunca me expresó su amor con palabras, nunca me dijo: Te quiero. Y, sin embargo, yo sabía que me quería”. Por cierto, también le iba al Club América.

En el ámbito de las relaciones familiares, un papel importante lo jugaron mis tíos, porque con sus palabras y acciones ejercieron gran influencia en mí. Hubo una época en la que mi papá y mi tío Jorge Romero Calleros (su cuñado) jugaron en varios equipos: en el River Plate (en los campos que se encontraban donde se construyó la Alberca Olímpica y que todavía recuerdo. El encargado de pintarlos con cal era “Bonny”, que había trabajado en la huerta de mi bisabuela). Luego ambos, junto con mi tío Juan Manuel Calleros Calleros (primo de mi mamá) escribieron una página más en el libro de oro del fútbol del llanero, militando para Las Águilas del Pacífico. Este equipo jugaba en la mítica liga de fútbol Regional del Sur, que se encontraba ubicada dentro de las instalaciones de La Alberca Aurora, ubicada en la calle Venustiano Carranza No. 54, en Coyoacán. Susana V., en la revista *México desconocido*, dice que en esta liga no se jugaban cascaritas:

...pues se trataba de practicar “un fútbol serio, organizado, más ‘profesional’ que juegan, más que todo, aquellos niños, jóvenes y adultos que viven esta pasión y respetan este deporte. Es el fútbol de los que tal vez nunca pisarán un estadio aunque juegan con todas las de la ley y en donde, muchas veces, hay una calidad, un estilo y una entrega que muchos profesionales envidiarían.

También tuve otros dos tíos cuya influencia no fue tan directa pero sí significativa: Francisco Hernández (cuñado de mi mamá) y Eduardo Calleros (primo de mi mamá). El primero jugaba en el equipo de la Volkswagen, en Puebla, y cada vez que iba de visita me llevaba a sus partidos. Esperaba ansiosamente que empezara el calentamiento de los jugadores para instalarme en la portería y que me dispararan. Yo lo tomaba seriamente y no permitía que me metieran ningún gol. Luego venía el reconocimiento de aquellos adultos: Tu sobrino es muy bueno. Ahora que crezca tráetelo a jugar con nosotros; “¿Ya viste portero? Él sí sabe parar, dile que te enseñe.”

Mi segundo tío era Eduardo Calleros López Portillo, Profesor de Educación Física que entrenaba al equipo femenino de la Lotería Nacional. El equipo jugaba en los campos ubicados en lo que hoy se conoce como Televisa San Ángel, y que en aquel entonces era el Canal 8 (ahora Canal 9). Algunas de sus jugadoras fueron seleccionadas nacionales en el Mundial que se celebró en nuestro país en 1971. En especial, recuerdo a Alicia “La Pelé” Vargas y María Eugenia “La Peque” Rubio, con quienes alguna vez, en un partido ganado porque no se presentó el equipo contrario, pude disputar una cascarita.

Del pretérito perfecto simple

Yo nací en el Sanatorio de las Américas, en 1961. Soy parte de dos familias futboleras, una de la colonia del Carmen, Coyoacán y la otra de la colonia Portales. Mi papá me platicaba que la primera vez que asistí a un partido de fútbol tenía tres meses de nacido. Que me llevaron en un moisés. El encuentro fue un entrenamiento del Cruz Azul —que apenas tenía un año de haber empezado a jugar en la Segunda División—, y el equipo era dirigido por mi abuelo Ernesto. Mi padre me dijo también que él metió el único gol del encuentro.

Cuando tenía entre dos y tres años de edad me llevaban a los partidos, tanto llaneros como a los que se efectuaban en el Estadio de Ciudad Universitaria, siempre al cuidado de mi mamá, mi abuela y hasta de mi bisabuela. A mi papá le gustaba que tomaran fotografías